

Nacido de un muslo
De Edgar Chías*

Obra escrita en el marco del Programa de Ayudas a la Creación Dramatúrgica
IBERESCENA 2008-2009

* Sistema Nacional de Creadores de Arte del FONCA-CONACULTA

Personajes

Dave
Sonja
Mica
Weson
Lorenza

Notas

Las sugerencias escénicas no son sino una representación corpórea imaginaria, una suerte de maqueta virtual auto propuesta para organizar los eventos. Casi necesariamente debe renunciarse a la puesta en escena tácita, no sin antes haberla indagado como primer paso para su descarte.

Es importante contradecir las palabras con acciones, y viceversa.

Pero es más importante que no se decodifique la obra desde una lectura psicológica de los hablantes y que no se piense en estilizarlos innecesariamente. Ni introspección ni gestualidad coreográfica: puro acontecimiento.

Los asistentes buscan su asiento. No hay música, no hay llamadas. Cuando todos están en su lugar, entran ellos:

Serán Sonja, Mica, Lorenza y Weson de pie, contra la pared hechiza y de madera, mirándonos. Mica fuma. Weson raya algo en la pared. Sonja masca ruidosamente un

chicle. Esperan en la penumbra, silenciosamente. Después de un minuto, entra Dave por una de las dos puertas. Los que entraron antes lo escuchan y nos miran escuchar.

Dave. (Luego de un silencio largo. Abruptamente. A todos los presentes) “Entonces, una manada de bisontes atraviesa la habitación. Un tren de bestias, oscuro, polvoso, interminable. Las paredes azules se resquebrajan. El piso cosquillea las plantas de nuestros pies. El estruendo es continuo y envolvente. Nos inunda ese olor. Y la adrenalina. Nadie habla. Todos, seducidos por la visión, miramos con maravillado espanto. Las tacitas del te danzan enloquecidas sobre la mesa de centro. Una cuchara que se suicida contra el piso, desaparece al instante entre el alud de pezuñas azules de tan negras. El reloj de pared pendulea, pasmado, y sus manecillas parecen tratar de aferrarse al momento, para no caer. En secreto, cuidando de no ser sorprendido, me muerdo un dedo con la sola intención de verificar que no estamos soñando. Obviamente despierto. Me punza el dedo. Esta es la marca. Sangró un poco. Entonces, sacudo la cabeza para recomponerme. Cosa de tres segundos. Pero la habitación es la misma, todos seguíamos ahí, sembrados entre los rastros, y la estampida anuncia su regreso”.

No sé dónde escuché esta historia, pero me gustó la idea. Sobre todo porque no abraza lógica alguna. Emerge de una zona profunda, nocturna, arbitraria, y se instala ante los ojos atónitos de quien la escucha suceder. Porque sucede. El río de animales partiendo esta habitación, volviéndola ventana. Ventana hacia otro mundo, obviamente. Eso se entiende, ¿no es cierto? Una posibilidad seductora. Rabiosa. Capaz de engendrar violencias de todo tipo. Rasgando nuestras seguridades, pulverizando nuestras certezas y creencias. Sin explicaciones. Capum. Piensen en la imagen. Se abre camino a codazos. Hace caso omiso de la incompreensión. Relampaguea sobre nuestras adormecidas conciencias. Existe contra nosotros, en nosotros. Fuás. Aparece, sin remedio. La estampida en la habitación, haciendo añicos la coherencia y las buenas intenciones de fijar la realidad, de contenerla, inalterada, sin hacernos olas o causar problemas, delante de nosotros. Quieta y adormecida. La pobre.

Me gusta la idea por enloquecida, por ridícula, porque se opone a toda explicación ordenada del mundo. Porque de explicación y de ordenado, todos lo sabemos, el mundo no tiene nada. Es un sistema caótico, precario, contradictorio. Una saturación de excepciones y variables infinitas en un espacio muy breve. Carece de sentido. Todo se reduce a moverse erráticamente en él hacia ninguna parte. Suena lúgubre pero hay que mirarlo con humor. Reírse de lo obtuso como nos reímos de lo inevitable. En no reírnos del caos, en tomarnos en serio la tarea de enmendarlo reside nuestra tragedia.

Sale Dave por una puerta. Lorenza y Weson por la otra. Mica termina su cigarro y lo arroja a un rincón del piso. Dave introduce un sillón de dos plazas. Apenas ha salido...

Sonja. Luz.

Mica. Cuarto incoloro.

Sonja. Raído.

Mica. Umbroso.

Sonja. Una ventana y dos puertas.

Desde la única ventana, achaparrada, como indicadora de un sótano.

Weson. Pausa.

Sonja. Un cuerpo y una cama. La cama engulle al cuerpo. Y el cuerpo no dice nada.

Weson. Otra pausa.

Mica. Dos mujeres entran en silencio a la habitación.

Sonja. En silencio, sus manos exhiben el escandaloso hueco que deja un olvidado ramo de claveles blancos.

Weson. De rosas amarillas.

Lorenza. (Misma ventana) De crisantemos verdes, no importa, lo que se mira es el hueco.

Weson. El vacío.

Lorenza. La intención en cueros.

Mica. Afuera.

Sonja. Tras la ventana –pequeña, muy alta, filtrando una famélica luz blanca-.

Mica. –Que enfatiza la sucia cara de la pared tuerta-.

Lorenza. Nosotros.

Weson. Weson.

Lorenza. Y Lorenza.

Weson. Espiando con dificultad. Sin un plan preconcebido, ni celebradas alianzas de maldad.

Lorenza. Cada uno por su lado. Cada uno en su momento.

Weson. Adentro.

Lorenza. –Notemos los vertiginosos cambios de espacio-.

Mica. –Adentro y afuera, afuera y adentro, como en el cine...-

Sonja. Dave, sembrado en la cama.

Mica. Rodeándolo, Sonja, su hermana.

Sonja. Y Mica, hija de Sonja.

Salen todos. Durante siete segundos el escenario queda vacío. Weson entra por una puerta y sale por la otra que cierra tras de sí. Vuelven Mica y Sonja.

Mica. Es aquí. El olor a éter, la ventana abierta, pero sobre todo la cama revuelta y sus ojos abiertos aferrados a la lámpara, así lo indican.

Sonja. Es aquí.

Mica. Sonja se muerde los labios, se clava las uñas rojas, postizas, demasiado rígidas, en la palma de la mano.

Sonja. No tanto como clavar. Pero aprieto con fuerza sin darme cuenta que desgarré con ese gesto el garabato que tatuó el destino en la palma de mi mano. Al carajo las líneas de la suerte, de la familia, del amor...

Mica. Porque ella está aquí, o no aquí, pero afuera. Desvió la mirada, intentó no parecerse a sí misma para despistarnos, pero la topamos de frente. Pocos segundos nos bastaron para reconocerla.

Weson. (Desde la ventana) Ella.

Sonja. No tenía a que venir.

Mica. Pero vino.

Sonja. No tiene a que venir.

Weson. Pero ahí está.

Mica. Se repite, rabiosa, compulsiva, ridículamente, como si con ello pudiese conjurar la materia rotunda, sabrosa, casi rubia, que se pasea en el pasillo.

Sonja. Siempre me pareció más bien morena.

Weson. Dave resopla, abotagado. Su cabeza se infla y las paredes acechantes cobran distancia ante sus ojos.

Mica. Se alejan estúpidamente de su mirada.

Lorenza. (Misma ventana) Repasa con los dedos chatos el colchón desastrado.
Weson. Se asusta.
Lorenza. Se agita.
Weson. Se angustia ante la aridez.
Lorenza. Pero no se mueve. Dave y una piedra: lo mismo, pero menos frío.
Weson. Dave se incorpora/
Lorenza. Piensa que se incorpora/
Weson. Se sabe enrojecido, se espía/
Lorenza. Se palpa/
Weson. Las venas del cuello, tratando de advertir, segundos antes de que sucedan, las fulminantes señales de un infarto.
Lorenza. Imaginario.
Mica. Pobre Dave, pienso.
Lorenza. Tiene miedo.
Weson. Y sin embargo, sonrío a las mujeres. Piensa que les sonrío.
Lorenza. Mientras se pregunta por qué no hacen nada por ayudar.

Entrando. Se instala. Desde el sillón.

Dave. Estoy que reviento.
Lorenza. Piensa.
Dave. ¿Por qué no me ayudan?
Sonja. No podríamos.
Lorenza. No pueden.
Sonja. No sabemos cómo.
Weson. Por lo que, a falta de mejor cosa, cada una atiende un teléfono celular, haciendo algo con el teclado, revisando la hora, mandando un mensaje, cosas así.
Lorenza. Dave recobra el aliento. Los ojos muy abiertos, cuadrados de tan redondos.
Weson. Se recompone. Todavía respira. Se calma. Y las mira. Sin sorpresa, sin espanto, casi tranquilo, y se prepara. Escoge las palabras. Hablará él primero.
Lorenza. Nadie en el cuarto lo va a escuchar realmente. Pero hablará. Al menos eso piensa. Dave piensa que habla. La boca danza, la mente viaja, pero nada –ni su aliento– escapa de los labios apagados de Dave.
Weson. Habla él primero mientras ellas transpiran en medio de un silencio torpe. En medio de un calor pasmado que ha decidido cuajarse.
Sonja. ¿Qué se hace en estos casos? ¿Hablar con el fiambre?
Mica. Piensa Sonja. Dave no es un fiambre, mamá. Es un pedazo de persona, y es tu hermano, pero persona al cabo, digo yo para mis adentros. Y ella.
Sonja. ¡Hablar con el fiambre! Es idiota. Uno habla con el fiambre para ser visto hablándole al fiambre. Nadie en su sano juicio se dirige a un fiambre a medio camino entre Me voy y Me quedo.
Mica. Y yo, Se quedó en me voy, mamá, pienso, Creo que se va, quedándose. Muy complicado, madre, muy complicado, pero Dave no es un fiambre, me digo y me callo.
Lorenza. El silencio del cuarto es tan intenso que se transforma en un zumbido neurótico que grita Bzzz. Las mujeres se miran, nos miran. Y de pronto...
Weson. Entra Lorenza.
Lorenza. Amante de Dave.
Sonja. Ahí está la zorra, pienso, acechando en el marco de la puerta. Tres segundos le alcanzan para vernos, dudar y quedarse, coño. ¿Quién la llamó?
Mica. Y ella.

Lorenza. Nadie me llamó. Estas cosas se saben, pienso, miento y las miro clavadas en sus pies. Estas cosas se saben y punto.

Mica. Todo en silencio, todo en segundos, en un telegráfico relampagueo de los ojos.

Sonja. ¿Quién?

Mica. Silencio.

Sonja. ¿Quién putas madres te pidió que vinieras?

Mica. Estas cosas se saben, mamá, no me mires a mí, pienso. Pero pienso que hice bien en llamarla.

Sonja. ¿Quién putas?

Mica. La tristeza pesa menos cuando son más los hombros que la sostienen, creo.

Weson. Pausa.

Lorenza. Un reacomodo nervioso, incómodo, lento, que remueve el calor sólido y sin aire del cuarto. Miradas que se cruzan, que caen al piso asesinadas o revientan de cara contra el techo.

Weson. Un techo enano, como el amor.

Lorenza. Como el amor.

Mica. Y entonces, Dave.

Sonja. Siempre al rescate.

Lorenza. Inmóvil, callado, escupiendo un tubo desmayado por el que chorrea su bilis.

Weson. O su orina.

Sonja. Dave, puesto en el centro del apretado cuarto, llamando, vamos a decirlo así, los ojos de todas nosotras.

Weson. Silenciosamente.

Lorenza. Para hacernos flaquear.

Sonja. Para quebrarnos.

Mica. Para desinflar este encuentro. Para distraernos con la dura quietud de su cuerpo llagado y entumecido.

Sonja. Dave.

Lorenza. Dave.

Mica. Siempre Dave.

Sonja. Dave al rescate.

Mica. Con una araña transparente naciéndole adentro, una araña que exhibe sus patas fideonas por entre los mudos orificios de la nariz, del pito, de la boca siempreabierta, y del pinchazo minúsculo, inflamado, hechizo, en la juntura del brazo izquierdo.

Lorenza. Un suspenso, un ir y venir de caldos aguachosos, Dave.

Mica. Una promesa de carga que puede sobrevivirnos, Dave.

Weson. Un yunque horizontal sobre ese par y medio de cabelleras largas, Dave.

Mica. ¿Par y medio?

Lorenza. Pobre Dave.

Sonja. Dave al rescate.

Mica. Dave.

Lorenza. Dice en silencio.

Dave. El negro no es un buen color.

Weson. –Lo dice por la ropa de ellas-.

Dave. Aunque elegante, sabe a tristeza y a difícil. No es bueno. No lo recomiendo para la cara y mucho menos enterrado en los párpados, raspando adentro de los ojos como una arena viscosa, cambiando en noche todo lo que la mirada alcanza. La mirada, como un dardo. Despierta, acuosa, abrazándose a las paredes deslavadas de este cuarto rentado. ¿Quién de ustedes lo paga? ¿Lo pagan?

Weson. Dave al rescate y para nada. Dave. Siempre, Dave. Pobre Dave.

Lorenza. Entonces, un cambio.

Mica. Un carraspeo. Sonido de llaves. Voces en el pasillo. Y un suspiro. ¿De quién?

Weson. Habla Lorenza.

Lorenza. Hola a todo mundo.

Weson. No siempre se escuchan, a veces se interrumpen, otras tantas se superponen las frases/

Sonja. ¿Viste que no había que dejar la puerta abierta, Mica?

Weson. Como ahora.

Lorenza. Hola, dije.

Mica. Hola, Lorenza.

Lorenza. (A Mica) Quise venir.

Mica. Qué bueno/

Sonja. ¿Y no querrá irse, Mica?

Lorenza. Dije hola.

Sonja. No te sientas mal, Mica. Luego hablamos.

Mica. ¿De qué, mamá?

Lorenza. (A Sonja) Puedo irme si me lo pides.

Sonja. Déjalo, Mica.

Mica. No te preocupes, Lorenza.

Lorenza. ¿De verdad?

Mica. Sí/

Sonja. No/

Lorenza. ¿Qué hago? ¿Me preocupo o no?

Dave. Tenía meses de no hacerlo. ¿Meses? No sé. Pero anoche soñé. ¿Fue anoche? Era tan vívido.

Sonja. ¿Qué más da?

Lorenza. Hay que ser solidarias ahora. Eso es lo que yo pienso.

Sonja. Yo lo que pienso me lo guardo porque si lo suelto podría resultar muy chirriante.

Mica. Vamos a estar tranquilas.

Sonja. Yo estoy tranquila.

Lorenza. Por mí, está bien.

Mica. ¿Ya vieron que no se ha movido?

Sonja. Yo quiero estar tranquila.

Lorenza. ¿Por qué no hay más sillas aquí?

Sonja. Yo quiero. Pero como que me sobran dos ojos para poder estarlo.

Lorenza. Traje una cuchara, por si se ofrece, rasparía un poco pero no falla, ¿crees que te sirva?

Mica. Por favor.

Dave. Pongamos que fue anoche.

Mica. Paramos aquí, porque las está oyendo.

Sonja. Los fiambres son sordos como las paredes, Mica. No dramatices.

Lorenza. (A Sonja) No es un fiambre.

Weson. Pausa tensa.

Mica. (A Lorenza) Baja la voz, por favor.

Dave. No. No fue anoche, creo que fue hace rato. No importa. La cosa es que yo volaba, primero, sobre una barranca. No me sorprendió sino el hecho de que abajo todo estaba untado de llamas enormes, blancas y verdes. Como jirafas. Pero eran llamas, y todo ardía sin achicharrarse. Y yo en lo alto. Corriendo ahora sobre una plancha de hierro, nadando luego en un riachuelo de sangre, saltando al cabo de una torre gigante, de vidrio, gastada y el azotón.

Mica. ¿Quieres agua, Lorenza?
Dave. Muy violento. Pero yo estaba entero.
Mica. Pregunto. ¿Mamá?
Dave. No he terminado.
Sonja. (A Lorenza) ¿A qué vienes?
Dave. Un poco de agua no me vendría mal.
Mica. Agua, ¿quieren?
Lorenza. (A Mica) Me encantaría.
Mica. Pero no hay.
Sonja. (A Mica) Ve a buscarla. (A Lorenza) No me has respondido.
Lorenza. (A Mica) No te vas.
Mica. (Quiriendo salir) La puerta está atrancada. Debe ser el baño.
Sonja. (A Lorenza) ¿Qué es lo que quieres?
Dave. (A Sonja) Quisiera terminar.
Mica. (Quiriendo escapar) Voy a buscar por allá, en el pasillo. Las dos quieren agua, ¿verdad?
Lorenza. (A Mica) Quédate, por favor.
Sonja. (A Lorenza) Déjame adivinar.
Lorenza. (Encarando) Adivina.
Weson. Un silencio.
Dave. Anoche soñé, y con sonido. ¿No es raro? Música que no conozco, por cierto. Imágenes con olores...
Sonja. (A Lorenza) No estoy para estupideces ahora. Puedes darte cuenta de que la cosa está que arde. Y podría ser por tu culpa.
Lorenza. ¿Yo le puse genes idiotas al fiambre?
Sonja. (En un grito) Hija de puta/
Lorenza. Vas a despertarlo/
Mica. (Se interpone) Calma. Por favor. Por favor. No hinchemos al perro. Ya es bastante feo todo esto...
Sonja. ¿Feo? ¿Feo? ¿Te parece feo?
Mica. ¿Y tú lo ves cómo?
Sonja. ¡Mica! No me hables así.
Dave. Con colores. Blandos, tenues, algodonosos. Pero con trazos fijos, endurecidos los contornos. Y trepidante el movimiento. Como si la cámara...
Weson. Tensa pausa que va distendiéndose. Luego...
Lorenza. Les propongo hablar de otra cosa. Incluso propongo no hablar. Yo podría quedarme así...
Dave. Como si la cámara, medio ahogándose, se aferrara a la idea de mirarlo todo desde el enloquecido lomo de un caballo galopante. ¿Será la presión? (Se palpa las venas del cuello)
Sonja. (A Lorenza) ¿Como el fiambre?
Mica. Carajo.
Dave. ¿Es la presión?
Lorenza. (Alterada) No es un fiambre, coño.
Sonja. A gritar a su casa.
Lorenza. Es que es inaceptable.
Mica. No es un fiambre, mamá.
Sonja. Es, cuando le conviene a ella, cuando no, es un pedazo de plomo, una lechuga o un ángel.
Lorenza. (Perdiendo el control) Ninguna de ustedes puede reclamarme nada.

Mica. Tranquila, ¿yo qué pinto en esto?

Lorenza. Ninguna puede, porque él me contaba cosas. No pueden hacerse las tontas ahora. ¿Estamos? Yo sé, ustedes saben. Vámonos con cuidado...

Sonja. (Atendiendo su celular) Qué horror. No traje el cargador y me estoy quedando sin batería.

Dave. Como yo.

Lorenza. Qué oportuno.

Sonja. (Contra atacando) ¿Piensas quedarte mucho tiempo?

Lorenza. Todo el que haga falta. Tengo que hablar con Dave.

Entrando abruptamente por la puerta atrancada.

Weson. Buenas tardes.

Sonja. Noches/

Mica. Hola/

Lorenza. Buenas/

Dave. Todo esto se debe a la presión, seguramente.

Weson. ¿Han notado algo raro por aquí?

Sonja. ¿Raro?

Mica. No.

Lorenza. ¿Como qué?

Weson. No sé. Algo. Eventos inesperados. Cualquier cosa.

Sonja. No.

Lorenza. Todo en orden, parece.

Weson. Bueno. Permiso.

Sale.

Dave. (Luego de auscultarse. Sin poder creerlo) Definitivamente debe ser la presión.

Sonja. (A Lorenza) Míralo. No puede atenderte.

Lorenza. ¿Quién no puede atenderme?

Sonja. Dave, no puede.

Lorenza. Obviamente ahora no, cuando se reponga.

Sonja. Cuando se reponga/

Mica. Si se repone/

Lorenza. Cuánto optimismo/

Sonja. Va a ser mejor que no estés.

Lorenza. ¿Por qué, Sonja? ¿Por qué? ¿Sólo porque lo dices tú?

Sonja. Salió huyendo de tu casa.

Lorenza. ¿Huyendo? ¿Eso dijo?

Mica. No. Ha estado así desde que llegamos.

Lorenza. ¿Antes?

Mica. No me acuerdo, yo no lo vi antes.

Lorenza. ¿Entonces? Va siendo hora de que dejemos de lado las autoridades en falso, ¿no creen?

Sonja. Estaba huyendo.

Lorenza. ¿Qué fue lo que dijo?

Sonja. Nada, pero no se mueve, no platica, no puede firmar cheques ahora.

Lorenza. Puedo esperar.

Sonja. ¿Oíste, Mica? Puede esperar. Cuando conocí a tu padre, el carabinero/

Mica. No era carabinero/

Sonja. Pensé que ya lo había visto todo/

Mica. No era carabinero. Era marino.

Lorenza. ¿Ustedes no lo van a esperar o ya les firmó los cheques antes?

Entrando por la puerta cerrada.

Weson. ¿Está bien cerrado aquí?

Mica. Estaba. Por acá no abre.

Weson. Bueno. Vayan bajando la voz, por favor. El señor está durmiendo.

Mica. ¿Qué señor?

Weson. Dije que duerme, un señor, cualquier señor. Dormido. Y así es imposible que descansa.

Mica. Pero, ¿cuál?

Weson. Uno, hay que confiar en lo que la gente dice. No se puede dudar de todo, así como así, por sistema. Yo digo que un hombre duerme, entonces duerme. El señor duerme y necesita descansar. ¿Podemos bajar el nivel del pleito unos cuantos decibeles? ¿Hacerlo así, contenido, con grandes movimientos interiores, revoluciones enteras del espíritu, con rabias que arden y funden la piedra, pero todo hacia adentro? No quiero decir que no haya energía, que quede claro...

Lorenza. ¿Duerme? ¿Dave duerme?

Weson. O flota. O atraviesa las paredes. O se hunde en el piso y nada concreto adentro.

Sonja. No diga sandeces.

Weson. ¿Qué les parece que hace ahora si no dormir?

Mica. ¿Ves, mamá? Ya escuchó todo. No eres un fiambre, Dave. Perdónanos.

Sonja. A nosotros nos dijeron que...

Weson. ¿Les dijeron? ¿Qué les dijeron? ¿Quién les dijo qué cosa? Hablen.

Mica. En el módulo de enfermeras...

Lorenza. Tiene los ojos abiertos.

Mica. ¿No lo habías notado?

Lorenza. No, la verdad.

Mica. Pero no parpadea.

Sonja. Eso no es bueno, se va a lastimar los ojos. Habría que lubricarlos de vez en cuando.

Weson. No se preocupe, el cuerpo es sabio. Si no se cura se autodestruye. Es parte del diseño.

Lorenza. Nadie duerme con los ojos abiertos.

Weson. Pero duerme. Tiene que estar dormido. Debe llamarse de algún modo ese estado en que se encuentra.

Mica. ¿Qué estado?

Weson. Así, mírelo. El señor está en calidad de bulto pero sin conciencia. Y si eso que le pasa ahora no es dormir, se le parece mucho. Mientras, digamos que duerme, para estar de acuerdo y tranquilos.

Sonja. No es posible.

Lorenza. Tiene los ojos abiertos. No puede estar durmiendo/

Weson. ¿Quién dice que no? Dicen que las vacas y ciertos peces duermen a ojo abierto...

Mica. Dave no es ningún pescado/

Sonja. (Poniéndole una mano sobre el pecho) Está respirando.

Weson. Gracias a los aparatos. Por cierto, cuidado con los cables, señoras.

Lorenza. Entonces no duerme.

Weson. ¿Van a estar por aquí un rato más?

Sonja. Nosotras sí/

Lorenza. Sí, un poco/

Weson. Bueno. Si se mueve o pasa algo de verdad, me avisan, por favor. Permiso. (Yéndose) El pleito en voz baja, casi un susurro, pero con todo, ¿eh? Adelante.

Sale.

Mica. (Queriendo abrir por donde salió Weson) Cerró bien el hijo de puta.

Sonja. (A Lorenza) ¿Vino contigo?

Mica. Está bien atascada.

Lorenza. No lo conozco.

Sonja. Esa no es la respuesta correcta.

Lorenza. Nunca lo había visto en mi vida.

Mica. No entiendo nada, mamá. Nos quieren asustar. Me estoy asustando.

Lorenza. Vamos calmándonos todos. ¿Alguien fuma?

Mica. Yo sí.

Sonja. No puedes fumar aquí, Mica.

Lorenza. ¿Te molesta? No hay ningún letrero.

Mica. Fumamos afuera, Lolo.

Sonja. ¿Lolo?

Lorenza. Ay, lo siento. Dejé los cigarros en la casa.

Sonja. Podías mostrarle un poco de respeto ahora, aunque fuera ahora y delante de nosotras.

Lorenza. Fumar no tiene nada que ver con el respeto, Sonja. No seas ridícula.

Sonja. Yo pienso que para ti nada tiene que ver con el respeto.

Lorenza. Calma. No hay cigarros, se acabó el problema.

Mica. ¿Y no vas a comprar?

Sonja. Estoy pasmada/

Lorenza. Igual más tarde/

Mica. (A Sonja) ¿Y eso?

Sonja. Hay cosas que no entiendo. Por ejemplo, a la gente que muy tranquilamente se agarra un palco para contemplar el desastre de los demás.

Mica. ¿De qué hablas, mamá? Fumar un cigarrillo no va a asfixiar al mundo. Ni a Dave. Y no estamos mirando el desastre universal. (A Lorenza) Perdónala. Así se pone cuando duerme mal y no ve a su novio.

Dave. Quisiera ir al baño.

Sonja. ¡Mica!

Dave. ¡Ayuda!

Lorenza. Háblame claro, Sonja.

Weson. (Por la ventana) Silencio. Se miran, se odian, no se mueven.

Dave. Siento que me revienta la cabeza. Que salpica las paredes. Que me derramo en silencio, y qué silencio, uno brillante, monolítico, casi vertical. Que me derramo mientras camino en un jardín muy fresco y muy verde, sin mierdas de perro en la vereda. Y no sé por qué pienso que ese jardín tiene algo que ver con la infancia. No veo mis manos, pero la punta de mis zapatos es roma y de charol...

Weson. Fundido a negros en la conciencia de Dave.

Sale Dave. Mica le palmea los hombros.

Lorenza. Bueno. Vuelvo más tarde.
Mica. No te vayas, por favor.
Sonja. ¿Con quién juegas, Mica?
Mica. Necesitamos ayuda, mamá.
Sonja. ¿Necesitamos o necesitas? ¿Ella qué?
Mica. Tengo sed desde hace rato. No puedo más.
Lorenza. Vuelvo cuando ustedes no estén. O cuando quieran descansar. Si quieres me llamas...
Mica. Déjame tu número.
Lorenza. ¿Mi número? Acabas de llamarme.
Sonja. Me llamas. Me llamas. Ningún me llamas. ¿Quién te estás creyendo que somos?
Lorenza. Tú querías agua, Mica. Me despejo y la traigo yo.
Mica. ¿Qué es ese olor?
Sonja. No inventes cosas, Mica.
Mica. No invento nada.
Lorenza. No, sí hay un olor.
Sonja. ¿Qué olor?
Mica. Ese olor.
Lorenza. Voy a abrir la ventana.
Sonja. No hace falta. Mica, abre la ventana.

Weson la abre desde afuera.

Mica. Ya está abierta.
Sonja. Qué peste.
Mica. ¿Lo ves?
Sonja. No, pero lo huelo. Es un asco.
Lorenza. Voy a abrir la puerta.
Sonja. Deja. Mica, abre la puerta.
Mica. ¿Cuál de las dos?
Lorenza. Yo abro esta...
Sonja. Mica. Abre la de la entrada. Y abre la otra también.
Mica. No sé a dónde da.
Sonja. A donde sea.
Lorenza. No abre.
Sonja. Pide que la abran, Mica. Hay que hacer que circule el aire.
Mica. ¿Será Dave, mamá?
Sonja. Lo que faltaba.
Lorenza. Voy a llamar para que lo cambien.
Sonja. Mica, llama a la enfermera.
Mica. La llamo. Cuiden de no partirse a Dave mientras no puede defenderse.
Sonja. No te vayas. Llámala desde aquí. (Mica da leves topes a la pared) ¿Qué haces?
Mica. Telepatía. Es que no hay otra forma de llamarla desde aquí.
Sonja. Burra. Ve.
Lorenza. No te tardes.

Sale.

Weson. Un silencio largo. Ambas se cubren la nariz con las manos. La atmósfera es densa. El olor flota entre ellas, como un dios o la célebre madre de un poema. Evitan mirarse. Este puede ser el momento. Lo saben. Lo miden. Se preparan. Finalmente...

Lorenza. Sí...

Sonja. No me di cuenta de lo tarde que era.

Lorenza. Antes de que te hagas una idea equivocada...

Sonja. Bien parecido el muchacho de hace rato, ¿no?

Lorenza. Deberías escucharme.

Sonja. Demasiado joven para mí, es la verdad. Y demasiado grande para Mica.

Lorenza. Él tuvo mucho más que ver de lo que te imaginas. No digo que sea su culpa.

Sonja. Aunque eso de muy chico o muy grande es totalmente relativo. ¿Ustedes cómo lo resolvieron?

Lorenza. No lo resolvimos.

Sonja. No importa. Dave siempre te quiso. Incluso contó, para ser franca, que durante un tiempo, un tiempo breve, dijo, pensó que también tú lo querías un poco.

Lorenza. Y es una lástima.

Sonja. ¿Te das cuenta? Pensaba que lo querías. No pudo ser abiertamente irresponsable, ni pleno, ni un poco pendejamente ingenuo para poder decir que lo sintió. Pensaba que lo querías, nada más.

Lorenza. No se le paraba, Sonja.

Sonja. Veo que pensarlo no basta.

Lorenza. De un tiempo acá ya no se le paró. Al menos no conmigo.

Sonja. Siempre queda la imaginación.

Lorenza. La imaginación lo fastidió todo, si te interesa saber. Por completo. Y no digo que haya sido su culpa, pero la imaginación en todo caso fue suya.

Sonja. Imaginó que eras para él y con eso le bastaba. Pobre idiota. No asociaba el comercio a estas cosas. Siempre imaginó que se trataba de dar. Dar y dar hasta vaciarse, hasta acabar volteado hacia afuera como una bolsa vieja o un calcetín.

Lorenza. Yo solamente fui el cuerpo del delito.

Sonja. Y así lo hizo con todo, hasta con la chequera.

Lorenza. Quería pedirle perdón, pero materialmente él me puso en los brazos de sus amigos. También sus alumnos. Hasta desconocidos...

Sonja. ¿No sientes que hace frío?

Lorenza. Primero les pagaba, luego fue cosa de encontrar ciertos círculos. Entonces ellos terminaron pagando...

Sonja. Y la peste no se va.

Lorenza. Fue necesario –porque Dave se quedó sin fondos- y terminó siendo parte del juego –porque le gustaba más esa variante-...

Sonja. Me está doliendo un poco la cabeza.

Lorenza. Lo malo es que no puedes tener adentro a alguien sin que se quede un poco en ti, ¿no te parece? Eso hubiera sido lindo con Dave, pero ya te digo...

Sonja. ¿Quieres ayudar de verdad?

Lorenza. Claro.

Sonja. Bueno. Ya sabes qué hacer.

Lorenza. La puerta no abre...

Sonja. No hablo de la puerta.

Lorenza. ¿No? ¿Y qué quieres?

Sonja. Lo difícil. Ahí tienes papel.

Lorenza. ¿Y?

Sonja. También hay una bolsa para envolver lo que salga.

Lorenza. ¿Lo que/
Sonja. Si no, este olor no se va a ir nunca.
Lorenza. ¿Es en serio?
Sonja. Tú lo conociste más en ese plano.
Lorenza. ¿Qué plano?
Sonja. Tú sabes. A fondo.
Lorenza. Ya viene la enfermera.
Sonja. No vamos a quedarnos así sin hacer nada. ¿No te sientes incómoda? Además, para eso llaman a los parientes.
Lorenza. Pero ya viene la enfermera, es su trabajo.
Sonja. Sería un gesto. Te lo iba a agradecer.
Lorenza. ¿Tú o él?
Sonja. Los dos.
Lorenza. ¿Qué quieres probar?
Sonja. Seguro se está rozando.
Lorenza. ¡Sonja!
Sonja. Me parece muy natural que tú...
Lorenza. ¿Por qué natural?
Sonja. Seguiría siendo un intercambio. De secreciones. Recuperar una parte...
Lorenza. Es una estupidez.
Sonja. Se lo debes.
Lorenza. No le debo nada. Quiero. Quería pedirle perdón por cosas que después de todo pasaron por que quiso. Él quiso. A lo mejor ya sabía de esto.
Sonja. ¿Saber qué?
Lorenza. Míralo. Eso que le pasa. Tal vez ya lo sabía. A lo mejor fue su forma de cerrar las cosas.
Sonja. Cosas. Cosas. Abiertas, cerradas. Lo único que me queda claro es que antes de venir acá estaba muy triste. Creo que lloraba. No quiso ir a la casa porque pensó que lo ibas a buscar ahí.
Lorenza. No vas a decirme que él/
Sonja. No digo nada. Pero sospecho que si pensó en alguien antes de apagarse fue en ya te imaginas quién.
Lorenza. ¿En quién? ¿En Eduardo? ¿Dijo algo?
Sonja. Ya se tardó la enfermera.
Lorenza. Dame espacio. Voy a limpiar.
Sonja. Sólo te advierto que no te va a servir de nada.
Lorenza. ¿Cómo?
Sonja. Que lo recuperamos. Dave se queda con nosotras. Y si se queda Dave, se queda lo que fue de Dave.
Lorenza. No vine por eso. Y Dave está aquí. No se ha ido.
Sonja. Entonces, se queda lo que es de Dave.
Lorenza. Qué curioso. Siempre me dijo que yo era lo único que tenía.

Entrando.

Mica. No encontré agua. Sólo hay una máquina que se traga las monedas.
Sonja. ¿Y le pusiste?
Lorenza. ¿Y la enfermera?
Mica. (A Sonja) ¿Qué hace?
Sonja. ¿Le pusiste monedas?

Mica. (A Lorenza) ¿Qué haces?

Lorenza. Está limpio.

Sonja. No tenemos más, ¿Mica? Te dije. ¿Por qué no preguntaste antes si servía la máquina?

Mica. ¿Cómo limpio?

Lorenza. Limpio. No es él.

Sonja. ¿No es Dave?

Lorenza. No.

Mica. ¿Dave qué? A ver.

Sonja. Ningún a ver. Veo yo.

Mica. ¿Por qué?

Sonja. No vas a ver al tío en pelotas.

Lorenza. No tiene nada.

Mica. No quiero verle las pelotas, mamá.

Sonja. No quieres, pero se le ven, porque las trae puestas.

Mica. Pero está yerto.

Lorenza. No está yerto. Está blando. Y tibio.

Sonja. Yerto no, es un fiambre.

Lorenza. Tampoco está seco.

Mica. ¿Y entonces de dónde viene el olor?

Sonja. No sé. Cuando llegamos no estaba. Luego, llegó, así nomás.

Lorenza. No soy yo.

Sonja. ¿Cómo saberlo?

Lorenza. No soy yo.

Sonja. ¿Estás segura?

Mica. No es ella, el olor estaba también en el pasillo, no viene de aquí, está en todas partes.

Sonja. Lo que faltaba, un marco acorde para esta situación de cagada.

Mica. Mamá.

Entrando.

Weson. Pausa. Entonces entro yo.

Mica. Fumando.

Lorenza. Y por la puerta que estaba cerrada.

Weson. Buenas tardes.

Sonja. Noches.

Mica. Hola.

Lorenza. Buenas.

Weson. ¿Son parientes?

Sonja. Sí/

Lorenza. No/

Mica. No puedes fumar aquí.

Weson. ¿Por qué no?

Mica. Mi tío está enfermo.

Weson. No creo.

Mica. Míralo.

Weson. Bonitas pelotas. ¿Tendrá frío o calor?

Sonja. Cúbrelo, Mica.

Mica. Pero se las voy a ver.

Sonja. Cúbrelo y ya.
Mica. Las bolas del tío están al aire, mamá.
Sonja. Cierras los ojos y listo.
Lorenza. Lo cubro yo.
Sonja. Me debes una, Mica.
Mica. Tú no me entiendes, Mamá, las tenía al aire...
Lorenza. ¿Le sobra uno?
Weson. ¿Cómo dice?
Lorenza. Un cigarro.
Weson. Sírvase.
Sonja. No vas a fumar aquí. Mica, dile que se salga.
Weson. ¿Cree que le moleste al tío? En todo caso, no más que hacer de sus pelotas un museo.
Sonja. ¿Usted quién es?
Weson. Weson.
Mica. Hola, Weson. Mica.
Lorenza. ¿Encendedor?
Sonja. ¿Weson, qué?
Weson. Son las parientes, ¿no?
Sonja. Sí.
Lorenza. No. Bueno, sí.
Sonja. Tú no.
Weson. Mientras lo piensan, yo soy el médico del fiambre.
Sonja. ¿No estaba dormido/
Lorenza. No es un fiambre/
Weson. Tampoco es más una persona, ¿eh?
Mica. Hey.
Lorenza. Una parte de eso, de alguna forma, sigue siendo Dave.
Mica. Parece que escucha.
Sonja. ¿Quién dice que es usted?
Weson. El médico. Dave ya no está. Buenas tardes.
Sonja. Noches.
Mica. ¿Ya se va?
Lorenza. Buenas.
Weson. No. Les decía. Dave ya no es lo que conocieron.
Mica. ¿Está muerto?
Weson. En cierto sentido. Pero no técnicamente...
Lorenza. ¿Y los cables? ¿El zumbidito? ¿Ese olor repentino?
Weson. Debe ser el tabaco, porque no percibo nada.
Lorenza. ¿Entonces?
Weson. Éter, orines, sudor rancio, comida pasada y colillas. Debe ser la mezcla. Como no hay ventilación...
Sonja. O un pedo.
Weson. ¿Cómo dice?
Sonja. Que fue Dave.
Mica. ¡Mamá!
Weson. Imposible, porque Dave aquí, de cuerpo presente, ya perdió todas las funciones.
Sonja. ¿Y el pedo?
Lorenza. Todavía respira.

Weson. No. Lo respira el aparato, un guante eléctrico le masajea el corazón, tiene un riñón adherido a lo que le queda de espíritu desde esta mañana –que según mis cálculos es nada-, pero él solito ya no puede ni escucharlas. Igual que un florero o la pared.

Sonja. Eso no fue lo que nos dijeron.

Mica. ¿Está seguro?

Weson. Seguro, seguro, no. Lo supongo.

Lorenza. ¿Qué cosa les dijeron?

Weson. Lo ignoro, pero si alguien sabe del caso, soy yo, señoras, créanme, de verdad.

Mica. ¿Dave es un fiambre?

Weson. De pies a cabeza y de adentro hacia afuera.

Mica. No puede ser.

Sale corriendo.

Weson. La actividad cerebral -¿es la novia?-. La actividad cerebral está interrumpida. O al menos la parte que activa las funciones vitales. El control de todo lo que se quiere y lo que no se quiere hacer con el cuerpo está apagado en Dave desde antes de que llegara a esta cama.

Lorenza. No es cierto.

Weson. ¿Quién es la damita incrédula? ¿Quiere tomar un café? Yo se lo invito...

Lorenza. (Desecha) No puede ser...

Lorenza sale.

Weson. No sé qué se imaginó. Pero se lo imaginó, ¿eh? Son horas de trabajo. Y yo, bueno... Usted dice que sí es pariente, ¿no? ¿La esposa?

Sonja. ¿Qué fue lo que pasó?

Weson. Perdóneme. Yo debería beber para poder hacer estas cosas. Apenas y fumo. (Enciende otro cigarro) Pero debería beber. O vivir en el campo y de esa forma atender sólo uno entre los diez casos que al día asisto aquí. Así al menos, si de todos modos no hay nada que hacer por ellos, no tendría que ser el testigo de nueve desahucios extra. No va a volver. Dave no está más conectado a la vida que una licuadora. Y aún así, no creo que encienda.

Sonja. ¿Cómo fue?

Weson. No hay mayor ciencia. Se puso duro, se constipó y ahora es más o menos un vegetal o una flauta.

Sonja. ¿Y entonces los cables?

Weson. La decisión final no puede tomarla un médico, señora. Alguien de ustedes tiene que firmar la autorización para desenchufarlo.

Sonja. ¿Eso es todo?

Weson. Sí. Así es. No se angustie/

Sonja. ¿Cómo puede esto ser todo?

Weson. Me gustaría mentirle, porque me simpatiza. Me gustaría decirle que va camino de un mejor lugar, pero no puedo. Uno, no creo ni de forma remota en la existencia de un lugar distinto a este al que se pueda ir al final. Dos, si existiera, si acaso no nos hubieran mentido con los cuentos chinos del más allá, habría que enjuiciar a Dave. En cualquier caso no podemos ayudarlo ya.

Sonja. ¿Qué vamos a hacer? Tiene que hacer algo, doctor. Debe haber una posibilidad.

Weson. Ninguna. Se hizo de todo. Ahora, de los males el menor. Hay una forma en que una parte de Dave. ¿Sí es Dave, no? Hay una forma en que una parte de Dave sobreviva.

Sonja. Pero está tibio. Parece contento. Casi se mueve.

Weson. El caso es que ese casi se mueve no es igual a se mueve o se moverá. No sé si me escuchó. Parece que podría moverse. Pero no se va a mover. Ya lo intentamos tres veces. Las descargas, ya sabe. Una más sería freírle las vísceras puestas. Un desperdicio, si me pregunta.

Sonja. ¿Lo único que lo ancla de este lado es el montón de alambritos?

Weson. Algo así. Aquí está pero lo perdimos. O lo vamos a perder. Es un caso perdido. Da lo mismo. No quiero mentirle. Y eso en lo que se convierte es cualquier cosa menos vida.

Sonja. No puede ser.

Weson. Eso ya lo dijeron. ¿También va a salir corriendo?

Sonja. No puede ser.

Weson. A ver. No está sencillo, pero tómelo con calma. Es así, de hecho. Lo siento. Es mejor que lo sepan y que no guarden esperanzas.

Lorenza. ¿Por qué?

Weson. Bueno, porque básicamente no sirven para nada.

Lorenza. ¿Qué tiene?

Weson. Muerte cerebral.

Sonja. ¿Qué le pasó?

Weson. Arterioesclerosis.

Mica. ¿Qué se puede hacer?

Weson. Elegir, señora. ¿Me acompaña? Hay que firmar unas formas.

Salen. Entra Mica. Fija la mirada en el sillón vacío. Después, lentamente, entra Dave. Se acerca a Mica. La respira, se inunda de su olor. Los demás espían por la ventanilla.

Mica lo aparta. Dave se sienta. Mica lo encañona con un arma. Luego se encañona a sí misma, mientras habla. Juega alternando la mirada del ojo ciego del arma.

Mica. Hoy no.

Dave. ¿Por qué no?

Mica. Porque no tengo ganas.

Dave. No es cosa sólo de hoy.

Mica. ¿Te vas dando cuenta?

Dave. ¿Qué pasa? Estábamos bien.

Mica. Tú estabas bien. No sé en qué momento pensaste que estar bien tú me implica a mí.

Dave. ¿Te molestaron las fotos?

Mica. Me molesta todo.

Dave. Podemos dar por terminado lo de las fotos. Podemos hacer otra cosa.

Mica. No me entiendes.

Dave. ¿Qué quieres hacer?

Mica. Nada.

Dave. ¿Cómo nada? Estábamos bien.

Mica. Estábamos. Pero cambió.

Dave. ¿Qué cosa?

Mica. Algo cambió. En mí, al menos. Lo dejamos por hoy, ¿sí?

Dave. Mañana va a ser lo mismo.

Mica. Mañana lo vemos, o después.

Dave. ¿Es por el dinero?

Mica. Puede ser.

Dave. Hija, también ya discutimos eso. Tenemos las cuentas...

Mica. No sirven.

Dave. Todo está anotado en la libreta. Mira. ¿Ves? Todo está aquí.

Mica. Y la cifra es cada vez más grande. Se hincha de ceros. Tus estados de cuenta son cada vez más flacos. ¿Qué quieres explicarme que no se pueda leer en eso?

Dave. Vienen tiempos mejores. No puede ser que esta situación de mierda se atore en nuestra garganta ni en los días.

Mica. Puede cuajarse en los años, Dave.

Dave. Va a pasar. Pasará. Está pasando. Hay que hacerle caso a las leyes físicas...

Mica. ¿Cómo? ¿Otro eufemismo para dorarme el refrito No hay mal que por bien...?

Dave. No es así. Yo decía, Todo lo que sube...

Mica. Y A toda acción corresponde una reacción... Pendejadas, Dave. Pendejadas puras, y duras, como tus matemáticas.

Lo encañona y presiona la boca del arma contra la frente de Dave.

Dave. No te alteres.

Mica. Abre la ventana, respira fuera de este cuartucho de mierda. Asoma fuera de ti algo más de lo que escondes en la bragueta, mira allá afuera y dime si todo eso que me quieres clavar aquí...

Dave. Calma.

Mica. Como una bala, entre las cejas y la nuca...

Dave. Mica, Mica, por favor, no grites...

Mica. Dime si sirve para algo más que para pasar el tiempo escupiendo palabras idiotas. ¿No ves cómo todo parece un coágulo? Nada cambia, no va a cambiar nada ni hoy, ni mañana, ni pasado mañana. Se rompe la ciudad, se desgarran y se hunde en sus despojos, y lo peor: nosotros en ella nos despeñamos sin poder aferrarnos a algo, ¿me entiendes?

Dave. Sí.

Mica. ¿Sabes de qué te hablo?

Dave. Sí.

Mica. ¿De qué, Dave? ¿A dónde nos arrastra este desastre, Dave? ¿Importa? ¿Te importa?

Dave. Cambiemos de tema, nena.

Mica. ¿A dónde?

Dave. No es el mejor tema para inspirarnos. Y no es agradable tampoco para pasar de la tarde a la noche. No es un tema agradable porque es un tema sin luces, como la noche. Háblame de otra cosa.

Mica. Cien y doscientos años de la misma monserga arreglada con otro nombre, Dave.

Dave. Por favor. Me aburre tu ira.

Mica. Festejemos trescientos años si te parece. La esperanza de que en cien años la humanidad fuera mejor se me esfumó tres segundos después de concebida/

Dave. ¿Estás cansada de pelear, a los veinte años?

Mica. Lloré de puro susto, Dave. Untada de placenta, entre sopores amnióticos adiviné esta tragedia, este callejón sin salida. Hay que romperlo, Dave. Es lo único que nos queda. Romperle la cara a sus muros.

Mica se encañona.

Dave. Qué amarga. ¿Cuándo te convertiste en eso? Te desconozco. Mejor vete, si quieres.

Mica. ¿A dónde? Mejor hacemos algo, para acabar de matar lo que nos queda de brillo.
Dave. La tevé no marcha.
Mica. Yo decía de tus cosas.
Dave. Tengo una cámara nueva.
Mica. Sin cámara.
Dave. Si quieres nada más la enciendo y no grabamos nada. Para ver por la lente nomás.
Mica. Me da lo mismo.
Dave. Entonces cierra la puerta.
Mica. Está cerrada.
Dave. ¿Estás segura?
Mica. Segura, segura.
Dave. No me gustaría que tu madre...
Mica. No. Tranquilo. No pasa nada.
Dave. Lo voy a anotar en la libreta. Todo va a estar anotado en la libreta. Acumulando.
Mica. Acumulándose.

Dave se acuesta sobre el sillón. Mica se acerca. Dave cierra los ojos. Mica, arrodillada frente a él, desliza una mano sobre el pecho de Dave y deja el arma descansando sobre él. Dave queda ahí yaciendo, sin que veamos su rostro. Entrando.

Weson. Me fastidian los tecnicismos. Digo que las cosas cuanto más simples mejores. Eso digo yo. Pero vamos viendo. Si lo haces tú, así, sin la bata y sin título, se llamaría asesinato, lo mismo que si lo hago yo sin tu permiso o el de tus parientes allá afuera. ¿Eres mayor? Si lo hago yo, con vuestra venia, se llamaría eutanasia. Si Dave —es Dave, ¿cierto?— lo hace ahora, consciente de su condición sería magia, porque en realidad no puede hacerlo ni es consciente ni nada.

Weson toma el arma y la guarda en uno de sus bolsillos.

Mica. ¿De qué me hablas?
Weson. De nada. Decía por si se te ocurre algo. Ya ves, las venganzas, la justicia, las deudas, acabar con el sufrimiento ajeno. Esas cosas. Se ve mucho de eso por acá.
Mica. Nada qué ver.
Weson. ¿Eres mayor?
Mica. No eres mi tipo.
Weson. ¿Cómo dices?
Mica. Si vas a lo que parece que vas, ya me escuchaste. Si no, precisa. ¿Para qué quieres saberlo?
Weson. Curiosidad.
Mica. ¿Pura y abstracta?
Weson. Haces bien en desconfiar. Yo desconfiaría. Yo desconfío siempre. De hecho, por eso pregunto. Si no iría directamente al grano.
Mica. Por eso te dije...
Weson. Pero no sabes de qué te hablo. Les dije a tus primas...
Mica. Mi mamá, mi tía...
Weson. Les explicaba que hay algo que se puede hacer. Podría hacerse algo todavía. Fuera del protocolo, pero o no me entendieron o no quisieron entender. No sé cómo pueda resultar, es la verdad. Pero sería mejor que nada, a menos que sea nada lo mejor que pueda pasar. ¿Puedo seguir o me regreso?
Mica. No entiendo.

Weson. Eso me temí. Si quieres olvídalo.

Mica. No puede ser asesinato.

Weson. ¿Cómo?

Mica. Dijiste que no está vivo. Entonces no podría ser asesinado.

Weson. ¿Te interesaba?

Mica. No dije que me interesara.

Weson. No está vivo, pero desconectarlo sin permiso se persigue como si lo mataras.

Mica. Si no está vivo no tiene caso, no es matar, matar lo que no está vivo. Es poesía.

Weson. Esa es una buena razón para que vuelva.

Mica. ¿Qué vuelva cómo?

Weson. ¿Podemos salir?

Mica. ¿No quieres que escuche?

Weson. Voy a fumar. Es la costumbre. ¿Quieres?

Ambos encienden. Salen. Entran, simultáneamente Lorenza y Sonja por la otra puerta. Luego, discreta y lentamente vuelven Weson y Mica. Se instalan a fumar a ambos lados del umbral, pegando la espalda a la pared.

Sonja. Prefiero no saber.

Lorenza. Y entonces me lo soltó, así, sin tiento, a quema ropa. No estaba preparada. No para eso. Ya era el colmo.

Sonja. Parece movido, ¿te fijas?

Lorenza. Lo de los amigos, los alumnos, los desconocidos pagados, pasa.

Sonja. ¿Dave les pagaba?

Lorenza. No.

Sonja. ¿Ellos pagaban?

Lorenza. No.

Sonja. Entonces no me interesa.

Lorenza. Lo de Eduardo, al menos. Ya no puedo, Sonja. No pude más.

Sonja. Está movido. Si no fue Mica hay que avisarle al médico. ¿Crees que siga por aquí? Yo no firmé nada de lo que pidió. Dave tiene que volver como sea. Este Dave, no otro.

Sonja sale. Dave se incorpora. Luego Sonja vuelve y se reúne con Weson y Mica. Le ofrecen tabaco. Fuma mientras escuchan.

Lorenza. ¿Embarazada?

Dave. Sí, Lo. De tres meses y medio.

Lorenza. ¿Quién es?

Dave. Tiene veintidós años.

Lorenza. ¿Quién es?

Dave. No la conoces.

Lorenza. Me gustaría saber quién es.

Dave. ¿Para qué?

Lorenza. Quiero verle la cara. Que me mire a los ojos.

Dave. ¿Para qué, Lo?

Lorenza. ¿Qué van a hacer?

Dave. No lo sé.

Lorenza. Eso déjalo para ella, la adolescente no eres tú.

Dave. Preferiría serlo, en este caso, me gustaría mucho.

Lorenza. ¿Qué quieres hacer?
Dave. ¿En serio quieres que te lo diga?
Lorenza. Deja que me sienta.

Lorenza va por un cigarro, se lo alcanza Sonja. Weson le da el arma. Luego se sienta.

Dave. Quiero irme, Lo. Eso es lo que quiero.
Lorenza. ¿Con ella?
Dave. No. No necesariamente. Quiero irme. Eso es lo importante.
Lorenza. ¿Para eso necesitabas embarazarla?
Dave. Son cosas distintas.
Lorenza. No entiendo.
Dave. No hace falta.
Lorenza. No te entiendo.
Dave. Es complicado, Lo.
Lorenza. Es una respuesta muy fácil, Dave. Y de ninguna manera es una solución aceptable.
Dave. No hay solución. Si la hay, la solución es que me vaya solo.
Lorenza. Para ti. La solución para ti es esa. No para nosotros.
Dave. Nosotros, ¿quién?
Lorenza. Nosotros, nosotros, Dave. Esa niña, tú y yo. Tu bebé. Irte no es la solución. Piensa en otra cosa.
Dave. No pienso más que en eso. No pienso en otra cosa desde hace unos meses, Lo. En irme. Esto no es un pretexto, ni es una solución, lo sé. Pero lo necesito.
Lorenza. Dime algo sensato, algo que no haya escuchado antes.

Lorenza encañona a Dave.

Dave. Pero no quiero hacer otra cosa. Baja eso.
Lorenza. ¿Y qué demonios puedes hacer con una niña encinta y un hígado canceroso? ¿A tu edad? ¡Dave, por favor! ¿Ella trabaja?
Dave. No. Y no es cáncer. Es mi riñón.
Lorenza. ¿Qué piensas hacer? ¿Cuánto tiempo crees que va a durar tu fantasía?
Dave. No va a durar. No dura nada.
Lorenza. ¿Cuánto tiempo crees que vas a tardar en volver?
Dave. No voy a volver, Lo.
Lorenza. ¿No piensas volver?
Dave. No.
Lorenza. Como quieras. Pero el problema comienza ahí justamente.

Lorenza se encañona.

Dave. No tiene que ser un problema. Somos adultos.
Lorenza. Me asusto cada vez que comienzas con eso. Vas a pedirme algo más. Bajar otro escalón. Otro atrevimiento, un poco más de cinismo, Dave y yo estoy cansada. Mucho. También quisiera ser la niña, al menos en este caso, para variar. Preferiría no saber, que tú lo resuelvas todo.
Dave. Somos adultos, Lorenza. Dame acá.
Lorenza. Pero no quiero serlo.
Dave. No tienes más remedio. Dámela.

Lorenza. ¿Entonces?
Dave. (Tomando el arma) Dividimos todo.
Lorenza. ¿Dividirlo? La casa es mía.
Dave. Todo lo que hay adentro es mío.
Lorenza. La división ya está hecha.
Dave. No es justo. No te conviene.
Lorenza. De acuerdo, pero así es.
Dave. Eres joven.
Lorenza. No lo puedo creer.
Dave. Siempre has querido cambiarte de barrio. Salir de aquí. Puedes hacerlo.
Lorenza. ¿Me estás pidiendo que me vaya? ¿De mi casa?
Dave. Te lo propongo, te puedes llevar las cosas.
Lorenza. ¿Todas las cosas?
Dave. Menos la cama, la estufa y la hielera.
Lorenza. No puedo creer que lo hayas dicho. Dilo de nuevo, por favor. Dilo, quiero oír cómo lo planteas.
Dave. No hace falta, ya está dicho.
Lorenza. ¿Piensas meterte aquí con ella?
Dave. ¿Importa? Ahórrate los detalles. Eres morbosa.
Lorenza. Dilo.
Dave. Hablemos de lo otro.
Lorenza. Dilo.
Dave. Como quieras, Lo. Como tú quieras.
Lorenza. Te escucho.
Dave. No.
Lorenza. ¿Cómo dices? ¿Piensas meterla a ella aquí, sola?
Dave. No.
Lorenza. No entiendo.
Dave. Vamos a evitarnos un disgusto, Lo. Ya te respondí.
Lorenza. No entiendo. Explícame. Necesito saber.
Dave. Eduardo. Eduardo es quien se viene conmigo.
Lorenza. ¿Eduar/ ¿Eduardo? ¿Para qué?
Dave. Eduardo se viene conmigo.
Lorenza. ¿Qué estás diciendo?
Dave. Eso. Solo eso. Eduardo se viene...
Lorenza. No puede ser.
Dave. Pues sí.
Lorenza. No puede ser.
Dave. Pues sí.
Lorenza. Pero Eduardo y yo... Yo y Eduardo...
Dave. Lo sé. Él me lo dijo. Todo. Y lo perdoné.
Lorenza. ¿Lo perdonaste?
Dave. Sí. Porque prometió no hacerlo de nuevo. Lo prometió.
Lorenza. Necesito hablar con él.
Dave. No hace falta. No quiere. Lo grabó aquí, por si quieres escucharlo de su voz.
Lorenza. ¿Cómo dices?
Dave. Aquí.

Dave le entrega un teléfono celular que buscaba en sus ropas. Lorenza lo lleva a su oído.
Dave se encañona, detona falsamente y se deja caer en el sillón. Entra Sonja.

Sonja. Oye, tú tampoco vayas a firmar nada, ¿entendiste?

Salen Sonja y Lorenza, Weson y Mica. Queda Dave. Nos mira y sale. Luego, desde la ventana.

Dave. Después de cierta edad todo es excesivo. Comer bien, coger a veces, reír desaforadamente, subir al hilo una escalera. Beber más de dos copas, tener confianza en la humanidad, haber creído en la justicia y desperdiciar las tardes en la iglesia abrazando el miedo, aferrándose neciamente a un tiempo breve que rápidamente deja de ser vida. Después de cierta edad todo es memoria, testimonio de la derrota. Apenas registro, inútil testimonio sin interés.

Dormir seis horas seguidas, aspirar a la salud. Pensar que en el pasado las cosas marchaban menos idiotamente, con mucha más ignorancia, pero menos idiotamente. Descubrir la mentira en la nostalgia, perder con la lucidez ese tenue consuelo engañosos. Engañar la lucidez y dejarla remojarse en largos e interrumpidos períodos de digestión. Sentir amor. Amar sentir. Y rabiarse por cualquier cosa. Y no tener más remedio que olvidar cuando se quiere vivirlo todo, o recordarlo al menos, otra vez. Sentir debilidad por la belleza, por la juventud, por las ideas, que son menos que un perfume, un holograma o un espejismo. Después de vivir –la vida es corta, todos lo sabemos–, la vida apesta. Y eso lo descubres más o menos pronto, pasados los veinte, porque después de esa edad los largos años que te quedan, todos, aunque no lo parezcan, ya son camino a la muerte.

Dave se encañona falsamente, cae sobre el sillón. Luego se levanta y desaparece. El escenario queda en silencio escasos cuatro segundos. De inmediato entra Sonja sobresaltada y se atropella con Dave para entrar al mismo tiempo por la misma puerta. Sonja le cede el paso. Dave le da el arma, pasa y se sienta. Lorenza espía por la ventana.

Sonja. (Desesperada) ¿Dónde está?

Mica. (Entrando) ¿Qué pasa?

Sonja. ¿Dónde está?

Mica. ¿Quién? ¿Y eso?

Sonja. Estaba ahí, recostado. Parecía ebrio. Parecía dormir.

Mica. Debe estar en el baño. ¿Me la das?

Sonja. Es imposible.

Mica. No digas sandeces, mamá. ¿Cómo imposible? Le entró la gana, se levantó en sus dos piernas y caminó para desaguarse en la boca del retrete. No hay nada de raro en eso.

Sonja. Es que no entiendes. No pudo levantarse, no debió.

Mica. ¿Por qué, qué le pasa? ¿Está bien?

Sonja. No sé. Ayúdame a encontrarlo.

Mica. Parece que salió.

Sonja. Mierda.

Mica. ¿Qué pasa? ¿Qué buscas?

Sonja. Había una carpeta con papeles, ¿no la habrás visto?

Mica. ¿Qué papeles?

Sonja. Unos papeles.

Mica. Pero, ¿cuáles?

Sonja. No importa. ¿Tienes el número de Dave?

Mica. ¿El móvil o el de su casa?

Sonja. El móvil, obvio.
Mica. No.
Sonja. ¿Entonces por qué me lo ofreces?
Mica. No te lo ofrecí, sólo te preguntaba cuál necesitabas.
Sonja. ¿Para qué lo preguntas si no puedes ayudar?
Mica. Para saber. Dave no usa móvil.
Sonja. Idiota.
Mica. ¿Por qué, porque no usa móvil?
Sonja. Deja, no importa. No sé qué hacer, demonio. ¿A dónde habrá ido el cabrón?
Mica. ¿Se llevó los papeles?
Sonja. Lo más probable es que sí.
Mica. ¿De qué eran?
Sonja. Negocios entre tu tío Dave y yo.
Mica. ¿Qué negocios? Tú no tienes negocios.
Sonja. Unos negocios.
Mica. ¿Te pidió las escrituras de la casa?
Sonja. No. No. No es eso.
Mica. ¿Te las pidió?
Sonja. No es eso. ¿Cómo lo sabes?
Mica. Hijo de puta.
Sonja. Sí, hijo de puta. Esta casa es de los dos.
Mica. De los tres.
Sonja. La dejó mi madre para los dos.
Mica. Para los tres, yo también la habito. Él no.
Sonja. La dejó mi madre para los tres.
Mica. ¿Cuando dices los tres estás hablando de mí o de Lorenza?
Sonja. La dejó para mí y ni ese cabrón ni esa perra van a sacarme de aquí. Nunca. De eso me encargo yo. Yo me encargo.
Mica. Creo que oigo ruidos afuera.

Sonja y Mica se dirigen a la puerta. Entra Weson. Ellas salen y se reúnen con Lorenza para mirar por la ventana.

Weson. No es suficiente.
Dave. Tiene que serlo, doctor.
Weson. Yo le digo que no. ¿Qué hacemos?
Dave. Algo tenemos que hacer.
Weson. Por eso, dígame usted.
Dave. Deme un poco más de tiempo.
Weson. Tiempo es lo menos que tenemos, señor. No hay tiempo. No nos sobra y yo diría que nos falta. Vamos contra el reloj. El reloj nos aplasta, puede acabar con mis sueños, pero sobre todo está acabando con usted. Estamos en sus manos, y en sus bolsillos, Dave. Dígame qué hacemos. No puedo devolverle el dinero.
Dave. Con eso debe alcanzar. Es suficiente. La propiedad está bien ubicada, no tiene defectos ni necesita reparaciones mayores. Al lado abrieron un cine y un centro comercial. En meses eso va a aumentar su precio.
Weson. Pero el asunto es el tiempo, amigo Dave. No tengo tiempo de hacer la venta yo. Habrá que encargárselo a alguien. Contratar profesionales. Y eso cuesta, se generan honorarios, se desprenden los impuestos, hay que pagar papeleos. Por lo menos dejamos

de contar con un cuarenta por ciento del total. Eso es mucho, y ya no ajustamos lo necesario.

Dave. Ayúdeme.

Weson. No. Ayúdeme usted. Ayúdese. Yo estoy corriendo un riesgo muy gordo. ¿Sabe lo que podría pasar si llegara a saberse?

Dave. Para mí es igual o peor. Estoy apastando todo a este paso. Todo. ¿Qué pasa si no vuelvo?

Weson. No invente cosas. No se abandone al miedo. No puede no volver. Esta es otra era.

Dave. Parece que Walt Disney no ha vuelto...

Weson. Porque se equivocaron de técnica. Soñaron que sabían. Esta es otra era. Los sueños ya no existen. Todo puede hacerse, amigo Dave. Todo. Piense eso y resuelva.

Dave. Ya lo hice todo. Los límites existen.

Weson. Usted vive atrapado en el siglo pasado. ¿Sabe lo que puedo perder si nos descubren? ¿Puede imaginarse los titulares de diarios, de revistas especializadas? ¿Imagina siquiera qué pasaría conmigo y con mi título? Se acaba todo, amigo Dave.

Todo. Y yo con el proyecto. El proyecto conmigo. No podría volver a tocar un estetoscopio a riesgo de acabar pudriéndome tras las rejas de un psiquiátrico. No puedo ayudarlo más, amigo Dave. No puedo. Estoy poniendo todo lo que soy en esto, no me pida más porque no puedo darle más, me estoy poniendo por completo, ¿me entiende?

Dave. Yo sólo quiero/

Weson. Usted pide mucho y sabe que puede ganar más. No es poca cosa, amigo Dave, no es poca cosa, se lo juro. No abuse. Antes que yo, en caso de lograrlo, en el remoto caso de que lo logremos –y no lo digo para desanimarlo, sino para que se entere de la dificultad de lo que traemos entre manos, lo aclaro-, en ese caso, el verdadero inmortal sería usted, quien pasaría a la historia, el testigo privilegiado, el personaje del cuento iba a ser usted y solamente usted, amigo Dave. Yo siempre iba a estar a su sombra. Deme al menos el triste consuelo de las monedas.

Dave. No creo.

Weson. Créalo. Recuerde al monstruo. ¿Quién se acuerda del Dr. Frankenstein? Nadie, amigo Dave. Nadie. La gloria y las fotos fueron siempre –y serán- para la creatura, la cosa-hombre vencedora de la nada.

Dave. Yo no quiero ser un monstruo.

Weson. Y no lo es. Ni puede serlo. Un dios, amigo Dave. Un dios que nace y renace, una y otra vez, de su propio muslo. No es lo mismo una creatura que la inmortalidad. No es lo mismo ser usted eternamente, repetido ad nauseam que ser un monstruo. La diferencia es mucha. Como la hay entre una piedra y un ángel. Estamos hablando de otra cosa. La creatura asalta la vida, pero usted va a negar la muerte. Es otra cosa. Se parece más al cáncer, pero me refiero a la idea, como idea y como sistema se parece más al cáncer. Para vivir destruye la vida de la que partió, pero para no morir después, nunca. ¿Recuerda lo que le conté? ¿Lo recuerda, Dave? ¿Lo recuerda?

Dave se derrumba. Parece inconsciente. Weson se acerca, lo ausculta y termina por desconectarlo. Mientras lo hace, Lorenza y Sonja entran.

Lorenza. ¿Qué hace?

Sonja. ¿Qué pasa?

Weson. Nada. No pasa nada, no pasó nada. No hay nada que hacer. Se acabó.

Lorenza. ¿Cómo se atreve?

Sonja. Nadie firmó nada. Esto es ilegal.

Weson. La niña dio autorización.

Sonja. ¡Mica! ¡Mica! ¿Dónde está? ¡Mica!

Lorenza. Conéctelo de inmediato.

Weson. ¿De verdad no quiere un café? Puedo invitarla, sin compromiso. Para que se calme y me escuche. Lo mismo a usted, ¿eh?

Sonja. Esto es ilegal. Es ilegal.

Weson. No insista. Tengo esta firma. Le recomiendo que se ahorre la demanda. Los abogados acá son muy buenos y muy hijos de puta. Pero vea las ventajas. Tenemos muy pocos minutos.

Lorenza. No está desconectado del todo.

Weson. Justo. Escúchenme. ¿Sabe lo que se paga por unas corneas y por un buen par de riñones en el mercado negro? Porque puede donarlos, y entonces despídase, ni siquiera le van a decir a quién le tocaron los restos útiles de Dave, se llama Dave, ¿no es cierto?

Lorenza. ¿Cómo se atreve?

Sonja. No, no, déjalo. Quiero escuchar eso. Quiero escucharlo.

Lorenza. Sonja.

Sonja. ¿Qué?

Lorenza. Deja, Sonja. Ni siquiera lo pienses.

Sonja. ¿Por qué no?

Weson. Está pasando el tiempo, hay que tomar una decisión. Yo las espero. Pero sería muy triste cremar completo al fiambre por atender miedos y ritos primitivos. Si me preguntan, el alma no existe. Sólo somos este cuerpo y un puñado indeterminado de funciones electroquímicas. Y azar. No hay más. ¿Qué hacemos? Se está pudriendo, y eso de verdad es morir. Todavía pueden salvarlo en pedazos.

Sonja. Haga.

Lorenza. Pensé que te importaba.

Sonja. Me importa. Me importa mucho. Pero necesito que me devuelva lo que se llevó.

Lorenza. ¿Qué se llevó?

Weson. (Sacando a Dave en el sillón cual si fuera una camilla a ruedas) No se vaya, necesito que me deje sus datos y una cuenta de banco.

Lorenza. ¿Qué se llevó?

Sonja. Se está llevando más cosas de las que te imaginas y de las que soy capaz de nombrar. Mejor así.

Lorenza. ¿Sabes quién es la niña? No me dijo. Quiero saber, al menos.

Sonja. No, no sé, no sé nada.

Se escucha una fuerte detonación al tiempo que se abre la puerta que había estado cerrada para ellas. Mica y el arma. La puerta queda entreabierta. Podemos ver las piernas de Dave, sentado en el sillón. Weson está apenas sacando a Dave –otro Dave–, de modo que vemos parcialmente al Dave que saca Weson y al Dave que muestra Mica.

Mica. Vengan a ver.

Sonja. Hija de puta/

Weson. ¿Qué paso?/

Lorenza. Calma, Sonja/

Sonja. Qué hija de puta eres, Mica.

Weson. Suelta eso. ¿De dónde lo sacó?

Mica. Vengan a ver esto. Por favor.

Lorenza. ¿Qué pasa?

Sonja. Firmaste unos papeles sin mi permiso. ¡Sin mi permiso, Mica! ¿Sabes lo que hiciste, perra?

Lorenza. Sonja. Ven.

Weson. A ver. Tenemos que charlar un poco. ¿Quieren café? Les traigo uno a las tres.

Digo, para cada una, uno.

Mica. Mamá.

Lorenza. Sonja.

Sonja. ¿Qué? ¿Ahora qué? ¿Con qué cosa van a salirme ahora?

Sonja se acerca. Las tres miran al Dave de la habitación contigua. Luego miran al Dave que Weson no ha terminado de sacar. El arma cae de las manos de Mica.

Weson. Tranquilas. A ver. Puedo explicarlo todo. ¿Por dónde empiezo?

Apagón.

Epílogo.

Luego de que ha quedado claro que el evento terminó, Dave –el actor que jugó a ser Dave-, puede instalar un proyector previamente preparado para dejar correr en video, producido lo mejor que sea posible, el cuento inicial de la manada de bisontes atravesando la sala. O bien, desde el cual se proyecte la forma en que éste fue contado al inicio –incluyendo a los otros actores y al público (sería útil en este caso que se reconocieran en el registro)- mientras desalojan la sala.